

LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD.

I.

Hombres hay que viven en lo pasado, y los hay también que viven en el porvenir. Unos y otros condenan lo presente; aquéllos ensalzan lo que fué, éstos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas; al fijar sus miradas en lo futuro, los unos exhalan un gemido y entonan funerales endechas, los otros saludan con himno entusiasta la aurora de un nuevo día.

No nos afligen presentimientos tan tristes, ni nos deslumbran ilusiones tan halagüeñas: la descendencia de Adán sigue su penosa marcha sobre la tierra, segura de no encontrar aquí las perdidas mansiones de Edén; pero tampoco nos parece que la sociedad haya de sumirse de nuevo en el caos, y que su doliente seno haya de ser entregado sin piedad al suplicio del buitре. En pos de horrosa tormenta, el Eterno hace resplandecer en las nubes el arco de la esperanza.

Creemos que en esto como en muchas otras cosas, hay no escasa exageración de una y otra parte; y no acertamos á ver qué beneficios pueden resultar á la humanidad, ni de ser engañada con mentidas promesas, ni espantada con tan formidables amenazas. De esta suerte se enciende en demasía el ardor de los unos, y se hiela la sangre á los otros; é impulsada la sociedad hacia puntos diferentes, pierde en la incertidumbre un tiempo precioso.

Contribuye no poco al aumento de la confusión de semejantes ideas, la falta de buena fe en algunos de los que en opuestos sentidos militan; notándose que en las razones alegadas, más bien esfuerzan un argumento, que no expresan una convicción. Triste condición de las ideas en

la época actual, el verse convertidas en instrumento de intereses, careciendo así de la libertad de campear en el terreno de la discusión, con independencia é hidalguía. Si estos intereses, que toman á sueldo el pensamiento, fueran generales, se extendiesen á largo trecho de duración, no limitándose á pequeño círculo de personas, ó á breve espacio de lugar y de tiempo, no sería el daño de tanta monta; y aun sucediera casi siempre, que el entendimiento luchando por ellos, no se apartaría de su natural objeto que es la verdad. Pero desgraciadamente acontece muy á menudo lo contrario: las ideas se encuentran encerradas en un miserable recinto, y se agitan y revuelven en una atmósfera que las ahoga.

En la dilatada extensión que han tomado las discusiones por medio de la prensa en Europa y América, compléanse á menudo en un mismo punto las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas, legales y administrativas; resueltas de una manera favorecen ó dañan á un partido, á un sistema, á una institución, quizás á una persona; y esto basta para que se sepa de antemano cómo las resolverán las inteligencias militantes. Este es el efecto necesario de lo que se apellida *oposición*, y que se ha pretendido legitimar á los ojos de la filosofía como elemento indispensable en los gobiernos representativos. Si se hubiese dicho que esto era un mal que no se podía evitar, y que no deja de producir bienes, compensando así los daños que acarrea, hubiéramos comprendido muy bien esta explicación; y dado caso de no hallarla satisfactoria, al menos nos pareciera razonable. Pero lejos de que se entienda en este sentido, se da por muy legítimo, ó al menos se mira como excusable, el emplear el error como arma de oposición, y el combatir la verdad misma, si con ella se escuda el adversario. Doctrina funesta así á la ciencia como á la moral; pues que despojada del falso aparato con que se la cubre no es más que la canonización de la mala fe.

No desconocemos los beneficios traídos por la prensa; admiramos como el que más ese conducto eléctrico, que

en un momento comunica á un pueblo, á una nación, al mundo, los pensamientos de un hombre; pero necesario es confesar que jamás se verificó un abuso como el que de este medio están haciendo las naciones civilizadas. La prensa es una nueva palabra, instantánea, general, duradera; y de ella sí que podría afirmarse lo que tan malignamente aplicaba Talleyrand á la oral, diciendo: que era concedida al hombre para disfrazar sus pensamientos.

Todo se da por bueno si favorece, todo por malo si contraría: se juzga de una opinión, no por su verdad intrínseca, sino por su valor instrumental; hay una verdadera acepción de doctrinas como la hay á veces de personas; así como en éstas se arrumba el mérito para atender únicamente á la recomendación que llevan, ó al interés ó afecto que inspiran, en aquéllas se deja á un lado la verdad, y sólo se mira el uso á que pueden servir. Es el principio utilitario aplicado á las ideas.

II.

Esta parcialidad se encuentra especialmente en las cuestiones sociales, políticas y administrativas, pero no están exentas de ella las demás, por tener á menudo puntos de contacto con las primeras. La nación que en esta materia ha ofrecido el principal escándalo ha sido la Francia: escándalo tanto más funesto, cuanto las escuelas francesas ejercen grande influjo, sobre todo en el mediodía de Europa. Las revoluciones religiosas y políticas de Alemania, de Inglaterra y demás países del Norte, acontecieron en épocas en que la prensa no había tomado ni de mucho el vuelo que hoy; hallábase limitada á obras de alguna extensión, y por consiguiente más meditadas, y donde podían tener menos parte las pasiones del momento. Verdad es que los folletos no eran cosa desconocida, y que contribuyeron también á la exaltación de las pasiones populares, y al favor de ciertas miras; pero la prensa no había conocido la fuerza que podía adquirir con una acción con-

tinua. El periodismo propiamente dicho, no existía; faltaba por tanto el principal medio que ahora tiene la prensa de dirigir todas las grandes cuestiones é influir en todos los negocios.

La inteligencia por sí sola, no se había erigido en poder; éste no era considerado como legítimamente poseído, y mucho menos ejercido, si no estaba vinculado con determinado rango social, con alguna institución respetable. Así, los primeros ensayos del periodismo versaron sobre objetos científicos y literarios, y se ocuparon en la crítica de las obras que veían la luz pública. Los artículos de costumbres fueron un gran paso para acrecentar la acción é influencia de los periódicos: con la crítica de las costumbres, quedaban de hecho erigidos en censores de la sociedad; un paso más, y se les venía á la mano la censura de la política.

Cuando la revolución de 1789, la Europa había sufrido ya el lento cambio, que preparaba el ascendiente de la inteligencia, considerada en sí misma, y con independencia de las clases é instituciones; por cuyo motivo, tan luego como se trabó la gigantesca lucha entre lo antiguo y lo nuevo, apareció cual uno de los principales contendientes la prensa periódica. Este ejemplo influyó naturalmente en el resto de Europa y de América; particularmente en los países sometidos á un régimen de libertad política; y en Inglaterra y en los Estados Unidos tomó bien pronto el naciente fenómeno dimensiones colosales. En estos dos países, la discusión ha podido ejercitarse de otra manera que en Francia: la Francia era un país viejo en que se planteaba de repente un sistema nuevo: la sociedad de los Estados Unidos se levantó por su independencia y libertad, y después de la victoria no se halló con opiniones encontradas, ni intereses en pugna; la Inglaterra era un país amaestrado ya en la dura escuela de las revoluciones, disfrutaba de un régimen nacido de ellas, y por lo mismo tenía más embotada la susceptibilidad, y menos anhelo de mudanzas.

En la revolución inglesa descollaba el fanatismo religioso, en la americana el sentimiento de independencia nacional, en la francesa preponderaba el filosofismo; estos caracteres no se han borrado todavía de la frente de estas naciones. En las cuestiones sociales y políticas de la Gran Bretaña figura siempre en primer puesto la Irlanda, esa gran víctima, terrible personificación de todas las víctimas de la persecución religiosa; la patria de Washington se conmueve todavía al menor asomo de prepotencia de su antigua dominadora; en Francia encontraréis aún en la sociedad, en las cámaras, en el poder, personificada la filosofía en Lamennais, en Lamartine, en Cousin. En este último país, la filosofía ha dañado á la política, pero en cambio la política ha dañado á la filosofía: esta amalgama ha hecho que la política participase de la abstracción teórica, y que la filosofía se resintiese de la mezquina estrechez de la práctica; los sistemas puramente ideales se apoderaron del gobierno, intereses de momento penetraron en la región de las ideas.

He aquí una de las diferencias características entre la Francia y la Alemania. En ésta la política es eminentemente práctica y por tanto más juiciosa; la filosofía es eminentemente abstracta y por lo mismo es más concienzuda. Y adviértase que no decimos *sólida* ni *verdadera*, sino *concienzuda*; porque las opiniones más extravagantes se profesan á veces con la mayor buena fe. Los filósofos alemanes no han cambiado las instituciones sociales y políticas de su país, no han pasado del bufete al ministerio, de la cátedra á la tribuna; encerrados en sus gabinetes, sedientos de una verdad que no han de encontrar porque la buscan donde no está, se entregaron á penosos estudios, á meditaciones profundas; allí pasaron sus días, ofreciéndolos en holocausto á la ciencia. Kant no salió nunca de Koenigsberg. De los hombres que en Francia figuran en los primeros puestos del Estado no puede ciertamente decirse lo mismo. ¿Quién ignora lo que son ahora, y lo que eran antes de la revolución de 1830, Cousin y Villemain, Thiers

y Guizot? La revolución debilitada por sus excesos y hasta por sus triunfos, y vencida en fin por la Santa Alianza en los años de 1814 y 1815, se disfrazó durante la restauración con el manto de la filosofía; vino la nueva era de 1830; las cátedras quedaron desiertas, la revolución no necesitaba su disfraz, quitóse la máscara, tiró su manto. En cierta época, M. Cousin que después ha sido ministro *conservador*, rodeado de sus discípulos les leía en misterioso secreto las páginas de los periódicos de la revolución, cual otro Sócrates bebió la cicuta; para palpar la diferencia no habíamos menester que el filósofo francés tuviese la singular humorada de hacer, como hizo, la apología de los jueces del filósofo griego.

Hubo un tiempo en que el genio andaba con mucha frecuencia hermanado con la desdicha y la pobreza: Horacio y Virgilio necesitaron un Mecenas; Cervantes y Shakspeare vivieron y murieron pobres; Tasso sufrió la miseria; Camoens mendigaba su sustento. Esto era una injusticia social; pero bajo cierto aspecto producía un gran bien; el camino de la inmortalidad no era paralelo con el de las riquezas y de la ambición; la ciencia era un medio mal seguro para amontonar tesoros ó escalar encumbrados puestos; y por esto mismo era más sólida, más grave, más paciente, y sobre todo más cándida y sincera.

III.

Si la codicia y la ambición contaminan las ciencias, el febril ardor de la atmósfera en que viven los hombres de la presente época, las malea y extravía. Hasta los corazones bien nacidos, hasta aquellos hombres de convicción firme, intención recta, y expresión osada é independiente, es casi imposible que no se resientan de las pasiones de su tiempo, como el viviente del elemento en que respira. Antes, no sólo estaban la sociedad y la política separadas de la ciencia, sino que la misma ciencia se hallaba distri-

buida en distintas clases que no se rozaban, que moraban en regiones totalmente diferentes. ¿Qué tenían que ver con la jurisprudencia las ciencias naturales, ni la poesía con la organización social y política de los pueblos? En la actualidad todo se toca, cuando no se confunde; los conocimientos han de ser universales; una obra completa sobre una ciencia particular es poco menos que una enciclopedia. Los filósofos se elevan á la cumbre del gobierno, los comerciantes llegan á ser hombres de Estado, los médicos y los naturalistas tratan de metafísica, de moral, de religión, y los defensores de la religión y de la moral han de abarcarlo todo, porque se los interroga ó ataca en todas materias y bajo todos los aspectos.

La intervención popular en todo linaje de negocios, se ha hecho efectiva, bajo los gobiernos libres, como bajo los absolutos. Todos nos ocupamos de todo; de palabra ó por escrito, pública ó privadamente, todo se ventila, se somete á discusión, se aplaude ó censura; y la influencia que de esta intervención resulta, podrá ser más ó menos directa, más ó menos pronta, más ó menos visible, pero siempre es eficaz.

Uno de los caracteres distintivos de los escritos de nuestra época es que el autor se manifiesta ocupado, si no afectado, de los objetos que le rodean. Quizás no se haya reparado bastante en esta particularidad, y así no será fuera del caso hacerla sensible, aclarando la observación por medio de un cotejo. Recorred las obras de los siglos anteriores, aun de los más agitados y turbulentos, y veréis que los autores escriben con una calma envidiable, con una abstracción incomprensible. Será tal vez durante las guerras entre los señores y los comunes, entre el feudalismo y la monarquía, y sin embargo los escritos llevan el sello de la tranquilidad más sosegada. No parece sino que el autor se trasladó á un desierto, y que nada sabía de lo que en el mundo pasaba. Mientras arde el país en vivas discordias y se derrama á torrentes la sangre, ellos hablan calmamente de política, y van á buscar las razones de los

hechos en las sociedades griega y romana. ¿Era miedo? ciertamente que no; pues en las crónicas nos refieren lo que está sucediendo, y no hay motivo para callar en un caso lo que expresan en otro. Además, que antes de la invención de la imprenta los escritos no alcanzaban tan fácilmente publicidad, y muchos de los que actualmente disfrutamos, quizás á ello no los destinaba el autor. Estas razones no militan para después de la invención de la imprenta, en cuyo tiempo se verifica también en cierto modo el mismo fenómeno; pero tampoco es posible atribuir á miramientos ó temor lo poco que se fijan los autores sobre lo que en su alrededor acontece. En una obra publicada en Alemania podíase decir de la Italia todo lo que se quisiese; y ni Isabel de Inglaterra, ni Felipe II de España, se hubieran cuidado mucho de lo que se dijera en su reino sobre la organización social y política de los pueblos gobernados por el odiado rival.

La causa, pues, de la diferencia que estamos indicando, consiste en el espíritu de los tiempos, en que á la sazón se estudiaban los libros, y no la sociedad. Esta es ahora como una escena que se ejecutara en un salón cubierto de grandes espejos: todos los actores tienen doble atención directa sobre lo que ejecutan, refleja sobre la misma ejecución reproducida en el espejo. La observación continua del hombre y de la sociedad, en todas sus partes, bajo todos aspectos, en todas sus relaciones, he aquí la señal característica del espíritu humano en este siglo. La poesía, la literatura, la historia, las mismas ciencias naturales y exactas, las metafísicas, las religiosas y morales, todo se endereza á este punto, todo converge hacia él, por distinto que sea el objeto inmediato.

Esto sería un bien de alta importancia, si las convicciones fuesen más frecuentes y robustas; porque el espíritu hallándose afectado más vivamente, se expresaría con mayor entonación, empleando un acento más alto y penetrante; pero desgraciadamente el escepticismo ha hecho estragos hasta en las materias más graves y trascendenta-

les; y un entendimiento escéptico, es inseparable compañero de un corazón seco. ¿Qué importa la sensibilidad más ó menos delicada con que pueda haber favorecido la naturaleza? Dejad que algunos desengaños hayan venido á marchitar las ilusiones, bien pronto veréis que desaparece esa sensibilidad natural, como de un frasco vacío, y expuesto al aire, se escapan los restos del delicioso aroma.

IV.

Comparando nuestro siglo con los precedentes, se echa de ver: que antes las facultades del espíritu humano se ejercitaban y desarrollaban aisladamente; ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quién se entregaba á la imaginación, quién á los sentimientos, quién cultivaba la razón, quien la memoria; pero acontecía con mucha frecuencia, que el hombre ocupado en uno de estos objetos, conocía apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos, eran clases que tenían entre sí poco contacto; y no se había creado esa homogeneidad, que asemeja, en cuanto es posible, á todos los hombres de alguna ilustración. En la actualidad, se piensa sintiendo, se siente pensando, se amontona erudición, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofía, pero se la siembra de erudición; el poeta razona como un filósofo; el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito; y éste á su vez, suelta cuando le viene en gana el fárrago de sus noticias, y os entretiene largo rato con narraciones de novelista, con observaciones filosóficas, ó con los armónicos acentos de un vate.

Lo que se verifica entre hombres formados, desciende también á los rudimentos de la educación: un niño aprende de una vez muchas cosas; y lejos de limitarse al catecismo y al latín, estudia la geografía, la historia, la literatura, la poesía, la ideología, y recibe noticias de todo en diminutas enciclopedias.

En ningún país del mundo se puede notar mejor esta diferencia que en España. En los demás, el mundo antiguo ha desaparecido mucho tiempo há, pero entre nosotros es tan reciente su destrucción, y se conservan todavía tantos de sus restos, que es muy fácil hacer este cotejo. Para convencerse de esto es necesario salir de la región de los escritores, y descender á la sociedad; porque muchos de los que escriben, ó han recibido ya en un principio educación é instrucción á la manera del siglo, ó conocedores de las necesidades de la época, han cuidado de procurarse conocimientos que los elevasen al conveniente nivel, y se han acomodado á las nuevas formas, que más ó menos convenientes, se han hecho no obstante indispensables.

Cuando se compara el mundo antiguo con el nuevo, no es menester, como algunos creerían quizás, ceñirse á los hombres de cierta edad, instituyendo la comparación entre ancianos y jóvenes. Lo nuevo y lo antiguo han marchado paralelos entre nosotros por espacio de medio siglo, con las alternativas de clandestinidad á que recíprocamente se han condenado, según andaran los respectivos tiempos y fortunas: y así es que se han formado crecido número de hombres en una y otra escuela, que ahora se encuentran cara á cara, y que así se entienden entre sí, como allá en los siglos medios entenderse pudieran árabes y germanos.

La firmeza de principios, la unidad de miras, caracterizan á los alumnos de la escuela antigua; la vaguedad de éstas, y la movilidad de aquéllas, distinguen á los de la escuela moderna: en los unos prevalecen y dominan las creencias religiosas, las máximas morales; en los otros preponderan los intereses materiales, el gusto por una civilización brillante y seductora, la tendencia á cierto progreso social, vago, indefinido, de que ellos mismos no alcanzan á darse razón. Los primeros se señalan por un raciocinio severo, pero seco; los segundos por una exposición oratoria, pero inexacta. Aquéllas no comprenden la sociedad nueva, éstos en cambio no conocen la antigua; son pueblos que han

plantado sus tiendas en un mismo país, pero que hablan distinta lengua, vienen de regiones diferentes, y se encaminan á región diferente también. ¡Dichosos los hombres que conociendo la lengua de ambos, puedan mantener relaciones leales con unos y otros, sirviéndoles primero de intérpretes y luego de conciliadores!

Los que pertenecen á la escuela antigua, están en posesión de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna se han apoderado del movimiento del siglo: ¿por qué no podrían entenderse y avenirse? Ni cabe transacción en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera; pero ¿es por ventura la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?

El universo entero está entregado á un movimiento incesante, á pesar de hallarse sometido á leyes constantes y fijas: el planeta que describe su órbita con la misma regularidad que la aguja de un péndulo, no deja de seguir su carrera con la velocidad del rayo.

Esta conciliación, que es á no dudarlo una de las primeras necesidades de nuestra época, y cuya satisfacción presenta de cierto un complicadísimo problema que resolver, puede sin embargo obtenerse á fuerza de trabajo, de perseverancia, y sobre todo de buena fe. Más ó menos el problema está por resolver en todos los países civilizados; pero en España, es urgente, apremiador, porque no sólo se refiere al porvenir como en otras naciones, sino que se liga íntimamente con la situación actual, se enlaza con los demás de interés presente, inmediato; y todo cuanto se haga para aplazarle indefinidamente no es más que prolongar las angustias y dolores de un enfermo que sufre.

Estas consideraciones nos hacen desear con ansia que cuantos toman parte en la discusión de las cuestiones que motivan nuestras desavenencias, procuren, en lo posible, abstenerse de irritar las pasiones, ocupándose de cosas, no de personas, y mostrando con lenguaje cuerdo y mesurado, que se pugna lealmente por la causa de la verdad,

que no influye en el ánimo el espíritu de resentimiento y de venganza.

Defiéndanse en hora buena los sanos principios con aquel hidalgo calor, con aquella robusta entonación que nacen de profundas convicciones, que inspira el interés de una causa noble; no importa que en el acento se deje conocer la indignación de un pecho herido por el descaro de la mentira ó la impudencia de la injusticia; lo aplaudimos con toda la efusion de nuestra alma, porque sabemos que el corazón se ha dado al hombre para sentir, y que la religión y la razón declaran santa una indignación que por tales motivos se concibe; lo aplaudimos porque tenemos fe en el triunfo de la verdad y de la justicia, y no creemos que sean impotentes y estériles las voces que en su defensa se levanten. Pero no olvidamos tampoco, que la vehemencia no es el insulto, que la indignación no es la rabia; que una protesta enérgica é hidalga, no es el repugnante aullido de ciega desesperación. Sólo á los débiles que en ella se agitan con impotente cólera, les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razón de su parte, pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el corazón protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: «mi hora sonará.»

La verdad y la justicia no han menester armas ignobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio seno llevan la seguridad del triunfo, su más bien templado escudo es la santidad de su causa. No empañéis su lustre, escoltándolas con indigno cortejo; no creáis robustecerlas dándoles auxiliares villanos; no hagáis que se defiendan con armas vedadas: éstas las sientan mal, contaminan su mano, las degradan y envilecen, como á caballeros hidalgos y valientes las tretas de la alevosía ó el puñal del asesino. — *J. B.*